



TEXTOS FILOSÓFICOS

DOSSIER MARTIN HEIDEGGER

3^{ra} época - 132^{da} parte

1997 - 2017

Compilador: Rogelio Fernández Couto

Eros, Alétheia y el amor de transferencia

(Primera parte)

POR JOSÉ GRANDINETTI

Voy a partir en esta oportunidad, de una referencia de J. Lacan en relación a Jean Beaufret en el seminario sobre la transferencia, subrayando que se trata de un punto de partida que bien puede servirnos a los fines de esclarecer por lo menos algún aspecto de la cuestión que nos convoca. No voy a hacer entonces un análisis del texto de Beaufret, que de todos modos no dejo de recomendar, junto con otros trabajos del mismo autor reeditados por la editorial "Miluno" con el título de "Diálogos con Heidegger - Filosofía griega", y que en cierto modo amplía el artículo al que se refiere Lacan y que fuera publicado en Francia, creo que en 1955.

El texto acerca del poema de Parménides fue presentado en 1967 a pedido de los actores pertenecientes al "Grupo de Teatro Antiguo de la Sorbona". Antes de comenzar a circunscribir el tema, unas poquísimas palabras acerca de este intelectual francés contemporáneo de Lacan (Creuse, Francia, 1907-1982):

Jean Beaufret participó durante la Segunda Guerra Mundial de los grupos de resistencia al nazismo, trágico período en el que descubre a Heidegger a través de su lectura de "Ser y tiempo".

No exageramos al decir que se trata de un autor que mantuvo vigente el pensamiento de Heidegger en Francia, con quien mantendrá un diálogo intelectual que durará más de tres décadas, dando lugar a la hoy ya famosa "Carta sobre el humanismo". Una suerte de divulgador de Heidegger en el medio intelectual francés, del que entre otros participó Jacques Lacan, lector de Heidegger.

Decía que en los encuentros del 30 de noviembre y del 7 de diciembre de 1960 en el ámbito del seminario sobre la transferencia, Lacan citará el Parménides de Jean Beaufret, texto donde se tratan cuestiones atinentes a la diosa Alétheia, "diosa-verdad".

En sus clases de la Universidad de Friburgo, y me refiero al período de 1942/43, cuando Heidegger se pregunta acerca de la diosa Alétheia, aclara en su desarrollo que se trata de la

"diosa-verdad", es decir, que es ella misma la verdad. Ella, la verdad, es la diosa. Por eso evitaremos, nos dice, el giro que hablaría de una "diosa de la verdad". Pues la expresión "diosa de la verdad" evoca la representación de una diosa cuya verdad solo es confiada a su protección y bendición. De ser este el caso, nos recuerda Heidegger, tendríamos dos cosas distintas: una diosa y la verdad. Una diosa, y la verdad que se encontraría bajo su protección divina. Podríamos aventurarnos a decir que, de ser así, se trataría de una verdad religiosa, algo así como una sacrosanta y unívoca versión de la verdad, que no admitiría el menor corrimiento ni equívoco. De allí que aclare en su exposición que "si Parménides nombra a la diosa-verdad, la verdad misma tiene que experimentarse aquí (se refiere al poema) como la diosa". No se tratará entonces de una experiencia religiosa, sino de una "experiencia epistémica" que iluminaría la verdad. ♣

Parafraseando a Walter Benjamin, se trata en el dispositivo psicoanalítico, de una "iluminación profana de la verdad".

A diferencia de lo que ocurre con Atenea, Afrodita y Deméter, que aparecen como "dioses-personas", la "diosa-verdad", es ampliamente abstracta. Ya volveremos sobre este punto, que adelantemos subraya el carácter conceptual, esto especialmente en lo que respecta a la relación que el amor de transferencia guarda con la verdad. Relación que Lacan no deja de considerar en los diálogos de Platón, particularmente en el *Fedro*, y de diferente manera en *El Banquete*, texto que guía su trabajo sobre el amor-odio en transferencia.

Volviendo a Heidegger, diremos que supone que se podría sostener que no se trata de ninguna "experiencia mística" de esta diosa Alétheia, sino que un pensador por su propia iniciativa "personifica" el concepto universal-verdad en la figura indeterminada de una diosa. Agregando que ocurre con frecuencia este procedimiento de "hipostación" de conceptos universales como divinidades, especialmente en la Antigüedad tardía. Nosotros podríamos agregar, y en ello creo que Lacan y

Heidegger acordarían, que se trata en nuestra contemporaneidad, llamada por algunos posmoderna, de un endiosamiento de la técnica, de la que por supuesto no está exenta la "mecanización" de la transferencia, convertida por la ambición de manipulación técnica, incluso en los análisis de "orientación lacaniana", en un disimulado, pero al fin acartonado encuadre. Encuadre que por sus encasillamientos, no deberíamos confundir entonces con el dispositivo analítico. Especialmente con lo que este dispositivo implica de disposición y de disponibilidad en la confección de un "practicable analítico" a la medida de cada analizante.

La tecnificación del psicoanálisis en tanto tecnificación de la transferencia devela un intento de reaseguro, una modalidad renegatoria de la falta. Modalidad renegatoria, cuya función es la de defender yocivamente los bastiones de un saber que más que supuesto resulta fetichización del Otro con mayúscula. Renegación de su rajadura, de su inconsistencia. Fetichización que congela y detiene toda equivocación posible, produciendo como lógica consecuencia la eternización del objeto "a", impidiendo así su "estar destinado" a caer, en un tiempo no cronológico sino lógico, solidario de la caída del sujeto-supuesto-saber en el tiempo simbólico-imaginario de la transferencia. Digamos que tal como suele homologarse el ir "más allá del padre" con el pasarle por encima, suele homologarse también la caída del S.s.S que semeja al analista con la del objeto "a", que ofrece como causa de la división del sujeto en el tiempo simbólico-real de la transferencia. La sobrevalorización de la técnica disfrazada de un "saber hacer" resulta también en psicoanálisis heredera de ese re-aseguramiento y de esa máxima garantía que en nuestra tradición es puesta en Dios. Apuesta al porvenir de una ilusión que dice del insalvable malestar en la cultura del "hablante-ser", que los dioses parodian y que jamás podrán curar.)

Volviendo a las cuestiones de la llamada verdad, sus caminos y sus vicisitudes, agregamos que en psicoanálisis la verdad nunca es "en sí", a la mano, disponible por un solo elemento. Desde esta perspectiva decimos que la verdad es agonal, diagonal (R. Callois), fluyente en tanto significante, y la mayoría de las veces de aparición irrelevante. A la verdad, nos recuerda Lacan, no se la quiere, a la verdad se la reprime. La verdad es polémica (pólemos), conflictiva, es decir, tan sintomática como el amor. No existe ni para la verdad ni para el amor un sentido fundamental, un significado que subsuma y suture otros. Un categórico significado genital como propone Balint, para el llamado amor genital.

La significación del amor en tanto hecho, acto y trama, trama del discurso, actúa après-coup, "al final". Por eso la significación del amor, sin desconocer ni desconsiderar su singularidad, sus diferentes tiempos, llega siempre "más tarde".

El amor es en ese sentido nostálgico, estructuralmente antiguo, y pone en causa una pérdida, una "causa fundamentalmente perdida". Una causa "retro": ese "sí mismo" que se fue o que se quería ser, como parte de ese "sí mismo propio", que no es sin ese apuntalamiento nutriz y protector del narcisismo.

(No hay amor de transferencia por lo tanto, que no ponga en juego la verdad de un duelo.) Y repito: eso que "se fue para el Otro", una parte de ese "sí mismo" no tan propio, no tan "sí mismo". Eso que el "uno mismo" fue e insiste en querer seguir siendo. Una suerte de androginia en el amor.

Coincidiendo en parte con Alain Badiou, podríamos suponer que la transferencia es también un procedimiento de verdad, una experiencia en nuestro caso dispuesta analíticamente, en la que se construyen (recuerden las construcciones de psicoanálisis) ciertas verdades que podemos denominar sexuales. Eso que siguiendo a Julia Kristeva, llamamos verdad-real, "vreal". Una verdad-sexual.

Recuerden que los psicoanalistas nos ocupamos de las singularidades, de las verdades del goce de cada sujeto en particular. Particularidad del síntoma cuya construcción y despliegue es condición y posibilidad de la caída del S.s.S en la que se recorta el objeto "a", verdadero resto de esa "operación amorosa" que implica a la transferencia en tanto procedimiento vreal.

Volviendo a los caminos de la verdad en tanto "Alétheia", en la praxis psicoanalítica, no podemos omitir que ésta, la verdad, se alberga topológicamente también en el olvido. "Dicho-manifestación" cuyos postigos se abren y se cierran por obra y gracia del "talento del analista". Talento que no es otra cosa que su disposición analizante a la transferencia, su estar dentro-fuera. Un talento no sin cierto "tacto al acto", más allá del "horror" al acto de presencia que es "presencia en acto".

(Transferencia entendida entonces como puesta en acto de la realidad del inconsciente, que al estar estructurado, permite el discernimiento de la organización de sus términos y el modo de interacción de los mismos.)

Acentuemos que tomar el camino del olvido, del "error", del acto fallido o del lapsus, no es por eso contradecir la verdad, ya que a esta, entendida como Alétheia, no dejamos de situarla en relación a la "Letheia". Letheia que es olvido, es decir, la forma que cada verdad tiene de errar, de trasladar, de contrabandear, de topologizar lo real-pulsional. En fin, de ser reprimida.

En tanto que la posición del analista, su disponibilidad y su disposición no son sin el deseo del analista, éste, el analista, considerará que en ese develamiento, en ese surgimiento, en ese camino (así lo llama Platón en *Crátilo*: "Camino divino"), que nombramos como Alétheia, se encontrará instalado también el poder de no brotar. Incluso el secreto de una negativa a brotar. Negativa que no tenemos por qué confundir con el negativismo propio de la estructura psicótica, cosa que puede considerarse a la hora de pensar la transferencia en la psicosis.

Respecto de la relación Eros-Alétheia, permítanme decir que a esa erótica de Platón llamada *El Banquete*, podemos leerla junto al *Fedro*, otra vuelta en la cual se torsionan los modos de conjunción del amante y el amado con el amor y con la verdad.

Esto favorecerá, creo, advertirnos en tanto analistas, respecto de creencias y endiosamientos en relación no solo a la verdad, como hemos dicho anteriormente, sino también acerca del deseo y su lugar. ■

Conferencia dictada en el Seminario Central 2016 de la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino: *Sólo un dios puede salvarnos. Ningún dios va a aparecer si no le preparamos el lugar.*

1. "Lectura de Parménides" donde J. Beaufret utiliza el término a-letheia sirviendo en nuestro caso para situar la correspondencia entre abierto sin ocultación y olvido. La verdad en el olvido como "recuerdo encubridor".



DOSSIER MARTIN HEIDEGGER

3^{ra} época - 133^{ra} parte

1997 - 2018

Compilador: Rogelio Fernández Couto

Eros, Alétheia y el amor de transferencia

(Segunda y última parte)

POR JOSÉ GRANDINETTI

Dirigiéndose a los analistas, en una reunión del 17 de marzo de 1959, les decía Lacan: "...El médico -y se refiere al psicoanalista- siempre habla como si estuviese bien enfundado en sus botas, las botas del amor, del deseo, de la voluntad, y de todo lo que sigue. Es una posición muy curiosa y deberíamos saber desde hace tiempo que es una posición peligrosa por la cual nos introducimos en esa contra-transferencia que nos impide entender algo del enfermo con el que nos enfrentamos. Por eso es esencial para el analista articular el deseo, situar su lugar".

Ese "docto-saber" que se opone a la "docta-ignorancia", está hecho de rechazo sistemático que entre otros temas, trata a la repetición como resistencia transferencial, expresando en esa mal entendida articulación, transferencia-repetición, la resistencia del analista a considerar: por un lado, al inconsciente como efecto del significante en el sujeto, y por el otro, a la pulsión como eco del significante, tocando el cuerpo cual instrumento, llegando como ocurre en los llamados fenómenos psicosomáticos, hasta "hincar" los órganos.

Se reniega entonces de esa común pertenencia, esa co-pertenencia transferencia-pulsión e inconsciente-repetición. Entendiendo así a la repetición cual molesta o torpe insistencia reiterativa, anulando de este modo su carácter de "kairós", oportunidad que permite se le preste oídos, esto es "atención parejamente flotante", considerándola de otro modo, es decir recuperación, re-demanda, re-dicho, y por lo tanto, vuelta a las fuentes. Metáfora de la diosa de Parménides que equivaldría psicoanalíticamente a disponer, a contar con esa marca, que en tanto índice significante de la represión primaria, repite en la repetición su diferencia, si se la aloja en la transferencia en tanto una vuelta de lo reprimido. Torsiones de lo reprimido.

En realidad suele ocurrir que a la repetición se la empareja imaginariamente a la transferencia en la medida en que ésta, la repetición, no deja de ser un modo de "recordar", de transitar por la cadena significativa al amparo de ese artificio que es la transferencia analítica (Alétheia, camino al Eros, que se hace verdad tanto en el recuerdo como en el olvido, Letheia).

La diosa Alétheia no es entonces la pretenciosa verdad técnica del cálculo. Su estar, su *Da-sein*, es el de la apertura y la pobreza benéfica del "poco y nada de sentido".

Verdad en el error o en el olvido que por ineptitud del analista -por supuesto que siempre posible- puede promover y hasta consolidar el olvido de las verdades del sujeto tanto como el olvido del sujeto mismo en análisis. Olvido del sujeto convertible en acting-out, llamado a la atención flotante del analista. Llamado que solicita considerar a la transferencia en tanto tránsito a lo simple y único que caracteriza a la singularidad. Verdad del sujeto del inconsciente en transferencia que, al igual que la idea de la verdad en *Ser y Tiempo*, se la encuentra fatalmente fuera de los intereses de una teoría del conocimiento, del cognitivismo y sus técnicas. Verdad que refiere a un sujeto dividido entre "el dicho" y "el decir", entre lo que supone saber y "lo reprimido" que forja su deseo.

Sujeto dividido entre el placer y el goce, entre desear y querer o no lo que se desea.

Es por todo esto que decimos que en esa formación del inconsciente llamada psicoanalista, se tratará de "atender" al amor y a la verdad por los más sinuosos caminos, los más estrechos y enmarañados laberintos. El acting-out del analizante y a veces el del analista, pueden ser uno de ellos, uno de los siempre posibles recorridos de esa "profesión imposible".

Sendas que por más difíciles y hasta arduas que resulten, no podrán carecer de la honestidad intelectual que hace a su "emplazamiento". Nos referimos al armado ético-lógico del dispositivo analítico. Honestidad intelectual que se opone a cualquier pomposa idea de generoso amor a la verdad en el blabla psicoanalítico.

En palabras de Freud, refiriéndose a Dostoievski, se tratará de: inteligencia para conocer y honradez para confesar. Digamos que si el amor de transferencia nos concierne en tanto una suerte de genitivo, lo es por su potencia de verbo, de carta, de letra.

Estamos entonces en condiciones de decir que el amor es en psicoanálisis un asunto de letra, y de ella nos ocupamos cuan-

do nos ocupa la transferencia. Cuando esa letra nos hace letri-
na sin ser por ello menos cierta y menos letra.

Repetimos entonces que el amor nos concierne en tanto y
en cuanto el inconsciente al que nos dirigimos y nos dirige,
nos obliga a tener que verlos con el lenguaje, que no es sin
"lalengua" teniendo en cuenta, eso sí, que el inconsciente no
se reduce ni se traduce del todo ni al lenguaje ni a "lalengua".

Sospecho que el amor de transferencia es un posible paradig-
ma de eso que Lacan denominó "discurso sin palabras", aunque
tal discurso no podría relevarse sin lo tocante al verbo, ese acto
que inicialmente se presta al inconsciente siempre que advir-
tamos que el inconsciente solo dice a quien en verdad se presta.
Me refiero a quien en tanto analista, se hace hacer *ágalma*
y no amalgama de sus amores a la hora de la transferencia.

De allí que el analista resulte, más allá de sus experiencias
amorosas, un objeto *agálmico* que resta como amado en el ter-
ritorio de ese amor de transferencia. Territorio del Eros en
el que también habita la diosa Alétheia, la diosa-verdad que
en su develamiento dará muestras de eso que freudianamen-
te entendemos como *ambivalencia*. Amor y odio que insisten
y persisten en y más allá de la transferencia.

Transferencia que dirá no solo del odio que anida en el amor,
sino consecuentemente de los sitios de odio donde no mora
ninguna esperanza de *desocultamiento*, pero que sin embar-
go el analista deberá experimentar como lo que aún resplan-
dece, eso que analíticamente entendemos como transferencia
negativa que desde ya sabemos no es negación de la trans-
ferencia. (En el amor que es no sin odio en la transferencia, el
analizante se anoticia de las pequeñas grandes verdades que
dirigen sus relaciones eróticas.)

Eros y Alétheia son entonces nombres iniciales que nombran
lo inicial de la transferencia. Para concluir y citando al poeta
Rimbaud, destacamos que en el dispositivo analítico, *cada ana-
lizante inventa el amor*. Su propio amor, y por qué no, también
su amor propio. Invención del amor que se realiza a lo largo
de un tiempo lógico-cronológico que resulta de una "búsque-
da-encuentro" que atañe al deseo en tanto causa-emergente.
Emanación libidinal cuyo nombre es esa primera letra que La-
can llamó "a", objeto "a" destinado a ser *semblanteado*, *va-
ciado de sentido por el deseo del analista* que en tanto se des-
prenda de su persona y pague con ella, teniendo permanen-
temente en cuenta eso que Freud llamó "factor personal", fa-
cilitará la instauración del *erómenos* de la estructura del amor
de transferencia, que no es sin el *erastés* que lo supone sujeto
de un saber de lo erótico-pulsional. Sujeto supuesto a las ra-
zones y a las causas de sus asuntos deseantes. A la pregunta
de si éste lo hace, lo hace *por añadidura*. Cuando el amor
habla en un análisis que lo deja hablar, este pone en eviden-
cia que eso que Lacan llamó un "amor sin límites" trate qui-
zás de un amor que soporte la verdad erótica del deseo sin ce-
der a la *nećedad* como necesidad de querer desamarrar a la
verdad de lo sexual, esto es hacer filosofía, ni querer desarti-
cular a lo sexual de la verdad, es decir, hacer sexología. Dife-
rentes formas de renegar de la división del sujeto de la que se
ocupa el psicoanálisis en tanto erotología. Erotología que in-
terroga al amor entendido solo como complemento o tapon
de la imposibilidad. Ideal de perfección que la transferencia
pone en tela de juicio. En palabras de Lacan en el seminario
de la transferencia: "...Digámoslo mejor, vayamos más lejos -
la transferencia es algo que pone en tela de juicio el amor, lo
pone en tela de juicio bastante profundamente respecto a la
reflexión analítica al haber introducido en él, como dimensión
esencial, lo que se llama su *ambivalencia*. Es esta una noción

nueva con respecto a una tradición filosófica que no en vano
iremos a buscar aquí a su mismo origen. Esta estrecha unión
del amor con el odio,..."

Acuerdo con quienes consideran, junto con Lacan, que aun
en el amor se pone en juego la exigencia de algo verdadero
con respecto a la imposibilidad. Pensar el amor más allá de su
constitución narcisística o de su instrumentación de tapón o
velo de la relación "sexual imposible" es, sospecho, solo abor-
dable en la labor de la transferencia. Ese no siempre amable
encuentro entre Eros y Alétheia. Se tratará entonces no de un
amor ilimitado sino de un amor cuyos límites no sean ni la reli-
gión, ni la filosofía, ni el psicoanálisis como propedéutica, ni la
cándida neurosis como medida de una nueva moral del "gran
hermano" que Heidegger llamó "publicidad" o "habladuría".

Tal vez sea acertada la metáfora heideggeriana que enun-
cia: "Solo un dios puede salvarnos", si ese dios soporta habi-
tar sin sutura la división, Eros-Alétheia. Un dios cuya posición
no sea ni la vengativa paranoia, ni la comprensiva y compla-
ciente debilidad mental. Un dios que se salve de salvar. Un
"dios inconsciente" cuyo amor-sublimación pueda hacer con-
descender al goce con el deseo. Un dios "diciente" que permi-
ta, y esta es la responsabilidad de cada sujeto, una experien-
cia de la oscuridad y del vacío y de la hendidura que es ex-
periencia del sujeto del inconsciente, un dios que emerja de
la palabra silenciosa. Silenciosa de locuacidad del ruido y de
los guinos del mercado, y de la obiedad sin discernimiento.
Un dios cuya palabra silenciosa no pretenda ni comunicar ni
informar, sino transmitir la experiencia misma de la palabra
hecha silencio, es decir, la verdadera médula de la palabra.

Conferencia dictada en el Seminario Central 2016 de la Fundación Cen-
tro Psicoanalítico Argentino: *Sólo un dios puede salvarnos. Ningún dios
va a aparecer si no le preparamos el lugar.*

